



Trabajo Final de Grado

Producción Monográfica

Reflexiones sobre la exclusión social en los entornos urbanos

Gerardo Poggi

Tutora: Verónica Blanco

Revisor: Daniel Fagúndez

Montevideo, Uruguay

Julio, 2023

Tabla de Contenidos

Resumen	3
Introducción.....	4
Capítulo 1: La Noción de Exclusión Social	6
El Estado de Bienestar y La Condición Salarial.....	6
La Noción de Exclusión Social a partir de la Crisis del Estado de Bienestar.....	8
Capítulo 2: Ciudad y Vida Urbana	13
La Escuela de Chicago y el Urbanismo de Louis Wirth.....	13
Henri Lefebvre: De la Ciudad a la Sociedad Urbana.....	18
Capítulo 3: Vida Urbana y Exclusión Social.....	23
Ciudad Abierta y Comunidad Contingente.....	23
Subjetividad Urbana: Entre la Macropolítica y la Micropolítica	28
<i>La Dimensión Humana en las Ciudades: Potenciar los Espacios Públicos</i>	32
Reflexiones Finales.....	35
Referencias	37

Resumen

El presente TFG tiene como objetivo realizar una reflexión crítica sobre la noción de exclusión social explorando la forma en que se relaciona con los modos de construir y habitar las ciudades. Con este fin, a partir de un recorrido teórico que buscará articular autores clásicos y contemporáneos, se detallarán algunas transformaciones sociales, políticas y económicas consideradas relevantes para las formas de vida urbana en relación a la exclusión social. El énfasis estará puesto en los países occidentales durante el siglo XX y principios del siglo XXI.

Se abordará la noción de exclusión social teniendo en cuenta las particularidades de la vida cotidiana en las ciudades. Destacando procesos de subjetivación y constitución identitaria en los entornos urbanos, se propondrá pensar la relevancia de los espacios públicos para la vida colectiva, mencionando algunas alternativas del urbanismo para planificar ciudades desde una dimensión más humana.

Palabras clave: ciudad, exclusión social, urbanismo.

Introducción

Este Trabajo Final de Grado surge como respuesta a algunos intereses académicos que fueron intensificándose a medida que tomaba contacto con diversas realidades durante mi pasaje por la Facultad de Psicología, de la Universidad de La República. Sin embargo, profundizar sobre la exclusión social como noción se volvió una prioridad cuando ya se avecindaba la oportunidad de pensar un tema, con el propósito de producir un trabajo propio. Una mirada a mis elecciones en cuanto a cursos optativos y prácticas de grado me permitió comprender que había estado en contacto con diversos colectivos e instituciones a lo largo de todo el proceso de formación. Guardo un grato recuerdo de las experiencias vividas y de los aprendizajes, nacidos de vínculos donde hubo compromiso por una causa en común y afectos recíprocos. A raíz de esto, también considere necesario profundizar a nivel teórico sobre lo que había vivido y aprendido desde mi implicación y experiencia. Además de los distintos temas que guiaron mi recorrido como estudiante, hubo otro elemento decisivo para que la idea de este trabajo se consolidara definitivamente: mi localidad de origen, ubicada en una ciudad del interior del país. Sumando todo esto, e incorporando algunas reflexiones relacionadas a la vida cotidiana en la ciudad de Montevideo, pude, a través del proceso de tutoría, ampliar mis horizontes teóricos a medida que iba delimitando la temática que pretendía abordar. Así fue el proceso de elaboración de este TFG.

Se estructura en 3 capítulos donde se abordan dimensiones específicas relacionadas a las formas de vida urbana en occidente, de especial relevancia para comprender los procesos de subjetivación contemporáneos.

La idea principal del Capítulo 1 es realizar una aproximación a la noción de exclusión social. Se pretende dar cuenta de cómo se va construyendo durante la “edad de oro” de los Estados de Bienestar y su posterior crisis. Consideramos necesario realizar un análisis desde una perspectiva que contemple su complejidad y multidimensionalidad, por eso realizaremos articulaciones teóricas entre aportes de diversos autores contemporáneos que han profundizado sobre la problematización y construcción del concepto.

En todo el Capítulo 2 el foco estará puesto en explorar los cambios que se producen en la vida cotidiana a partir de las transformaciones impulsadas por el urbanismo durante el siglo XX. Utilizando lo desarrollado por dos autores de ese siglo (L. Wirth y H. Lefebvre) detallaremos algunas transformaciones sociales, colectivas e individuales que se pueden relacionar con cambios en la estructura física de las ciudades. En este capítulo también se propondrá articular

teóricamente los aportes de estos autores, con publicaciones recientes de autores contemporáneos.

Tomando ideas y conceptos desarrollados en los Capítulos 1 y 2 se elabora el capítulo 3. A modo de hilo conductor entre los dos capítulos anteriores se mencionarán transformaciones sociales y económicas que tienen relevancia tanto para las formas de vida contemporáneas como para la dimensión material de las ciudades. En este sentido, en el capítulo 3 se reflexionará sobre el individualismo contemporáneo, sus consecuencias para la vida en comunidad y para distintos colectivos. Este punto allanará el camino para que podamos reflexionar sobre los procesos de subjetivación en el contexto urbano. Finalmente, se destacarán algunas propuestas desde el urbanismo para pensar formas de vivir en las ciudades que favorezcan la dimensión humana, planificando la ciudad como un espacio de encuentros.

Capítulo 1: La Noción de Exclusión Social

El Estado de Bienestar y La Condición Salarial

Según Baráibar (2000) de 1945 hasta finales de 1980 se ubica la denominada “Edad de oro”, donde están en auge los Estados de bienestar. En este periodo comienza un proceso de reestructuración y reorganización donde Europa y América del norte son la vanguardia del nuevo ordenamiento político, económico y social. En la mayoría de los países Occidentales pasan a ser ampliamente aceptadas las teorías económicas keynesianas y la política de pleno empleo como salida a los problemas generalizados de pobreza. Los países industrializados potencian su maquinaria productiva y la “mano de obra” salariada ve posibilidades concretas para avanzar en cuestiones de derechos laborales y civiles. La forma de integración social por excelencia para gran parte de la población es la que se genera a partir de su vinculación con el mundo laboral. Se llega a un aparente equilibrio entre los intereses del sistema capitalista y los intereses de la opinión pública sobre una mejora en la condición de vida los trabajadores. El Estado de Bienestar logra cumplir la función de apaciguar los problemas típicos de una sociedad en pleno proceso de modernización industrial, con este fin surgen políticas públicas de corte social y de redistribución dentro de la población en general. El seguro social afianza esta perspectiva general de futuro estable, logra proyectar una sensación de protección y amparo ante posibles riesgos. De acuerdo con Castel (1997), es necesario destacar la relevancia de los sindicatos en este momento histórico, ya que también ejercen un papel importante en la cohesión de diversos colectivos, en sus reivindicaciones y su lucha por alcanzar una mayor calidad de vida.

La beneficencia y las organizaciones de caridad en los Estados de Bienestar pasan a ocupar posiciones cada vez más secundarias. Puede considerarse este punto como una aproximación a un proyecto social más justo e igualitario. El Estado se posiciona en un rol más activo respecto al combate de las desigualdades presentes en el tejido social y busca implementar políticas públicas orientadas a disminuir los niveles de pobreza. Arriba González (2002) señala que los programas sociales logran consolidarse a partir de la asunción de que todas las clases (no solo la trabajadora) son vulnerables, por lo tanto, deben beneficiarse de los principios de igualdad, solidaridad y universalidad. Sin embargo, podemos señalar que la pobreza sigue pensándose en relación a problemas coyunturales, y no se distingue la noción de exclusión social como marco de referencia para el accionar de las políticas públicas.

En definitiva, el nuevo paradigma del funcionamiento social aparece unido a la plena producción, se busca la inserción de la mayor cantidad posible de la población en el mercado laboral. De este modo aumenta considerablemente el consumo interno de los países ya que, en términos económicos, la demanda es potenciada a través de mejores salarios y de la política de pleno empleo. América Latina participa de este nuevo ordenamiento, sin embargo, debido a las características de muchos de los países que la integran, se ven limitaciones y variaciones en parte de las propuestas centrales del nuevo modelo. Debido al menor grado de desarrollo industrial no se pueden alcanzar resultados similares a los obtenidos en el continente europeo en términos de tasa de empleo y reducción de niveles de pobreza. A pesar de esto, gracias a las medidas adoptadas se forma una nueva “clase media” y comienzan a destacarse nuevas identidades en el sector laboral formal: empresarios, hombres de negocios, comerciantes (Baráibar, 2000).

La movilización de la población rural a los centros urbanos es uno de los hechos significativos que se producen en la región. En el próximo capítulo de este TFG analizaremos cómo esta clase de cambios produce transformaciones en los modos de vida y en la constitución de las realidades cotidianas. Por eso consideramos de interés señalar que la expansión de las ciudades y el impulso de los procesos migratorios internos son aspectos a tener en cuenta durante este periodo.

En este punto, consideramos oportuno utilizar los aportes de Castoriadis (1983) sobre el imaginario social, a modo de herramienta y marco de interpretación de la constitución de las subjetividades en este contexto histórico. Señalamos que toda esta reestructuración generó en las personas nuevos modos de comprender la realidad cotidiana. A un nivel colectivo también se interiorizó el discurso de que era posible un proyecto de vida que permitía hacer planes a largo plazo; esto guarda relación con los modos de vida, ya que contaban con un alto grado de estabilidad. Además, el Estado a través de sus múltiples instituciones establecía la fuerza simbólica de este nuevo discurso que redefinía las características del ciudadano.

Para Castel (1997) en este periodo hay un pasaje del obrero al asalariado: el primero había logrado definir su identidad a partir una clase social y un colectivo claramente delimitados; el segundo, en cambio, se posiciona dentro de un colectivo mucho más transversal y menos específico, puesto que toda la estructura social se organiza desde la relación salarial como eje central. Siguiendo esta lógica resulta evidente la existencia de un proceso de división o atomización: se pasa de un gran colectivo históricamente predominante, a la existencia de una multiplicidad de colectivos. Podemos pensar, entonces, la existencia de nuevos espacios desde

donde se configurarán las identidades. En los procesos de subjetivación pasan a ganar mayor protagonismo las formas en que los sujetos se inscriben en lo social a través de sus grupos de pertenencia. Esto resulta útil para reflexionar sobre la figura del obrero, frecuentemente vinculada a posicionamientos políticos orientados a luchas sociales por mayores niveles de igualdad y justicia. Un agente de cambio relevante en la medida que se posicionaba desde su colectivo o desde la clase social a la que pertenecía. Sin embargo, como el salario en los Estados de Bienestar es algo que tienen en común todos los sectores laborales, y hay una gran diversidad de éstos, gradualmente se avanza a una disolución de esa identidad unificada y compartida colectivamente, resumida en la figura del obrero. Sumado a esto, los en este momento histórico se generan cambios en los estilos de vida de la sociedad. El asalariado ya no se define únicamente por su relación con el sistema de producción. Pasa a ser un actor importante en la economía de consumo, situándose cada vez más en el entramado cultural tejido por la globalización.

La Noción de Exclusión Social a partir de la Crisis del Estado de Bienestar

La crisis de la sociedad salarial trajo como consecuencia una desestabilización de todos los sentidos y modos de vida construidos durante el auge de los Estados de bienestar. A partir de ese punto, se vuelven ampliamente visibles “problemas” que se considerarán como consecuencia de la exclusión. Ya no se puede invisibilizar el fenómeno y sus consecuencias. Va en ascenso el interés por comprenderlo y surgen reflexiones acerca de sus posibles causas. Sobre la génesis del término, los antecedentes teóricos y los autores que allanaron el camino para el desarrollo moderno del mismo, se puede señalar que:

(...) gran parte de las aportaciones teóricas de la expresión ya han sido desarrolladas en épocas anteriores por clásicas figuras de la Sociología tales como Marx, Engels, Durkheim, Tönnies, Bourdieu y Parkin, haciendo especial incidencia en el alienamiento dual de la “clase social” y en la dinámica “dentro-fuera”. Sin embargo, las atribuciones más recientes del concepto exclusión social se le adjudican generalmente a René Lenoir (1974), en su obra pionera *Les exclus: Un Française sur dix*, entendiéndolo como tal que en la actualidad el fenómeno de la exclusión social presenta rasgos y características singulares (Tezanos 1999; Rubio y Monteros 2002, como se citó en Jiménez, 2008, p.174.)

En estos antecedentes se puede apreciar una perspectiva dualista del fenómeno. Para De Brasi (1990), esta forma de producir descripciones-definiciones de conceptos y nociones se percibe en todas las áreas del saber occidental. Históricamente se destaca una tendencia al binarismo: Individuo-sociedad; subjetivo-objetivo; adentro-afuera. Como resultado de estas prácticas se producen elementos teóricos ahistóricos, que operan posteriormente desde una naturalización que cierra el camino a debates transdisciplinarios. Aparecen desligados de las condiciones históricas que los originaron. Entonces, al aproximarnos a la noción de exclusión social debemos tener en cuenta estas consideraciones.

Durante la década de 1980, en el ambiente político e intelectual de Francia se instala definitivamente el debate sobre dicha noción, debido al contexto de crisis sociales y políticas. En un principio se utilizaba para:

designar a todos los grupos que estaban fuera del sistema de seguridad estatal y eran considerados “problemas sociales”: impedidos, suicidas, drogadictos, hogares desintegrados, etc. Esta versión estigmatizante evolucionó y comenzó a apuntar a fenómenos como el desempleo prolongado, la dificultad de ingresar al mercado de trabajo y también la creciente inestabilidad de los vínculos sociales: inestabilidad de la familia, hogares monoparentales, aislamiento social y declinación de la solidaridad de clase basada en los sindicatos y en los sistemas de vínculos sociales, incluidos los del vecindario en los barrios obreros (Silver, 1994; Torche, 1996, como se citó en Baráibar, 2000, p.1)

Desde esta lógica discursiva se construye una realidad social que contempla a los excluidos como problema. Ya en la fuerte carga simbólica de las palabras utilizadas se refleja el tono del pensamiento imperante. Se hablaba de “problemas sociales”, la mirada sobre los sujetos partía desde connotaciones negativas o estigmatizantes.

Bader Sawaia (2001) se posiciona desde el enfoque de la Psicología Social Crítica y logra incorporar al debate de la exclusión social la dimensión ética, la política y la afectiva, que (como vimos anteriormente) no tuvo en sus orígenes. La autora percibe que la ausencia de la dimensión afectiva en la construcción de la noción de exclusión social tiene como resultado un accionar limitado en la planificación de las políticas públicas y en las propuestas impulsadas por las instituciones estatales. Se hace foco en los problemas básicos relacionados a la subsistencia, a los problemas netamente materiales presentes en los sostenes de la vida misma, y se pasa por alto el sufrimiento social de los sujetos que se ven afectados por los fenómenos de exclusión. Además, la autora señala como aspecto fundamental la idea de que el compromiso de la

sociedad en su conjunto debería apuntar a una realización colectiva y no únicamente individual. Tomando todos los anteriores planteos, podemos sumar otra mirada en la construcción de la definición, donde la:

(...) exclusión social se puede analizar y entender como un proceso multidimensional, que tiende a menudo a acumular, combinar y separar, tantos a individuos como a colectivos, de una serie de derechos sociales tales como el trabajo, la educación, la salud, la cultura, la economía y la política, a los que otros colectivos sí tienen acceso y posibilidad de disfrute y que terminan por anular el concepto de ciudadanía. (Jiménez, 2008, p.178)

El debate en los primeros años de la popularización de este concepto no había logrado percibir su carácter cambiante. Fue Castel (1997) quién consideró necesario entenderlo como un proceso. Además, señaló que utilizar el término exclusión no es preciso, ya que remite a una idea fatalista, como si se tratara de una situación definitiva e irresoluble. Introduce un término alternativo, porque “Hablar de desafiliación, en cambio, no es confirmar una ruptura, sino retrazar un recorrido. El concepto pertenece al mismo campo semántico que la disociación, la descalificación o la invalidación social” (p.17).

Desde esta perspectiva, donde la exclusión social pasa a ser una forma de enfriamiento de los vínculos sociales, donde los sujetos transitan por zonas de riesgo cuando ven vulnerables su entramado relacional, se definen tres zonas de la vida social. La primera es la zona de integración: individuos con estabilidad en su vínculo laboral y en sus relaciones interpersonales más próximas: amigos, familia, vecinos, etc. La segunda es la zona de vulnerabilidad: Aquí los individuos se enfrentan a una situación inestable o de oscilación en su vínculo laboral. También se contempla la posibilidad de que estén bajo situaciones de empleo precarias, o directamente desempleados. Esta inestabilidad también se expresa en sus soportes sociales y familiares, con amplia frecuencia. Y la tercera, la zona de exclusión: Presenta la situación más radical, si consideramos los desafíos que enfrentan los individuos que transitan por ella. Contempla la falta de empleo absoluta y el aislamiento social. Y puede llegar a contener personas caídas de las zonas anteriores (Castel, 1995; Sánchez & Jiménez, 2013).

Entonces, si hablamos de procesos de exclusión y de zonas de la vida social, lo relacional se destaca, ya que es necesario para dotar de sentido la definición de proceso. Desmarcándose de la concepción clásica de exclusión a partir de un modelo únicamente economicista, aparece el concepto de análisis de redes sociales (ARS), “que habilita una formulación transdisciplinaria incorporando campos tan dispares como la psicología social, la antropología, la sociología

estructural, la teoría de grafos y la economía” (Bonet, 2006, p. 2). Destacamos la mirada micropolítica que ofrece este nuevo modo de análisis, ya que como indica Bonet (2006), pasa a contemplar las relaciones sociales y las redes en las que se ubican los sujetos en trayectorias marcadas por vulnerabilidades; permitiendo concebir la existencia de subredes marginalizadas, en la que se pueden pensar a los sujetos dentro de lo social de forma constante, oponiéndose a las nociones clásicas de exclusión donde se los pensaba por fuera del cuerpo social.

El autor tomó aspectos funcionales, estructurales y contextuales para desarrollar un modelo de categorización, formulado a modo de aproximación para entender las modalidades de exclusión relacional. Proponemos destacar solamente algunos colectivos de este modelo, sin describir de forma específica en que modalidad de exclusión se inscriben y como se caracterizan. Para la propuesta de este capítulo consideramos suficiente una breve aproximación, ya que la finalidad es dar una idea general sobre donde se perciben mayores niveles de vulnerabilidad. Entre otros, se señalan como colectivos vulnerables: Homeless, personas que se mueven en el territorio sin hogar fijo; sujetos con minusvalía; personas con trastornos psíquicos o enfermos crónicos ; parados de larga duración (familiarización de la pobreza); mujeres con sobrecargas familiares cuya disponibilidad para el cultivo de redes sociales es reducida; parados de larga duración cuyas redes sociales previas estaban vehiculadas por su adscripción al lugar de trabajo; personas inactivas expulsadas del mercado laboral con redes sociales reducidas al entorno familiar; personas con movilidad reducida cuyas redes sociales se ven reducidas a su espacio de movilidad; mujeres que están en un proceso de violencia doméstica; adolescentes en riesgo que abandonan los estudios y se insertan en bandas o grupos asociados con micro criminalidad; población migrante y minorías étnicas marginalizadas..

Entendemos que además de la fragilización de las redes y los vínculos de estos sectores de la población, comienzan a instalarse construcciones identitarias negativas respecto a ellos a medida que son vistos como los “otros” peligrosos, desconocidos, raros, etc. Bader Sawaia (2001) señala que en la exclusión social hay una dimensión ético-política, y describe el impacto negativo al concebir al excluido no solo como un otro inferior, sino que también la acción perversa de culpabilizarlo, considerándolo causante de su situación, produce un sufrimiento psíquico y social.

Desde una mirada similar, Castel (1997) expresa que con la caída del Estado de Bienestar surge un nuevo sector de la población, cada vez más amplio, que se piensa como el de los *supernumerarios*. Personas que ni siquiera son explotadas por el sistema productivo, a la vez que se los culpabiliza por su situación, haciendo que recaiga sobre ellos las consideraciones

negativas del enfoque neoliberal; es decir, son vistos como los inútiles para el mundo, los superfluos, prescindibles, entre otras caracterizaciones estigmatizantes.

Más próximo a nuestro contexto histórico actual, podemos citar a Gómez Villar (2006) que reflexiona sobre la precariedad como condición normalizada en una gran parte de la sociedad. Según el autor, esto resulta útil para potenciar la explotación de los sujetos por parte de los sistemas productivos que buscan maximizar el lucro y la acumulación del capital. Respecto a este punto, se vuelve necesaria la perspectiva dialéctica para analizar la noción de inclusión perversa (Bader Sawaia, 2001), entendiendo que siempre hablamos de una dinámica exclusión-inclusión. Gómez Villar (2006) retomó aspectos teóricos de autores ¹(pos)operaistas para proponer aportes que pueden ser pensados como relacionados a su funcionamiento:

Si en el régimen de fábrica el capital actuaba mediante la violencia de la exclusión, la governance postfordista, en cambio, actúa sobre todo mediante la violencia de la inclusión, capturando la externalidad que produce la cooperación social. El mismo concepto de 'desocupación' ha sido objeto de una profunda mutación semántica. La desocupación deja de estar asociada a la idea de inactividad y se convierte en una de las posibles actividades productivas que el individuo puede desarrollar. (p.132)

Para Bader Sawaia (2001) no es casualidad que exista este vértice perverso en la inclusión. La autora plantea a partir de la noción de inclusión perversa, los sujetos son sometidos a integrarse a lo social desde vínculos intersubjetivos que mantienen y perpetúan relaciones de sometimiento. En otras palabras: se "insertan" en los social desde un modo que sostiene las desigualdades sociales.

A la luz de todo lo expuesto en este apartado, se evidencia lo que Montenegro et al. (2014) menciona sobre la Psicología Social Comunitaria (de aquí en más: PSC), que se ve interpelada por los cambios en los modos de vida en el actual contexto histórico posfordista, y en las dinámicas de exclusión e inclusión perversa potenciadas por él. La subjetividad actual encuentra una sociedad donde lo comunitario está cada vez más fragmentado, por lo que se hace difícil el desarrollo de una participación activa de los sujetos a partir de su arraigo a una determinada comunidad. Se pone en debate el centro mismo de la perspectiva clásica de comunidad, ya que la localización geográfica de los colectivos barriales y los lazos de los sujetos con su entorno son elementos que comienzan a diluirse o perder fuerza. A esto se le suma una creciente cultura del

¹ El operaismo es una corriente política y teórica del pensamiento marxista surgida en Italia a principios de 1960. El (post)operaismo se piensa a partir de la transición del "obrero masa" al "obrero social" y del encuentro entre el operaismo italiano y el post-estructuralismo francés.

individualismo, que cobró fuerza a través del avance de la globalización, la tecnología, y los medios masivos de comunicación, desde donde se pudo crear una plataforma para impulsar una ideología neoliberal.

Capítulo 2: Ciudad y Vida Urbana

La Escuela de Chicago y el Urbanismo de Louis Wirth

A principios del siglo XX la ciudad de Chicago, localizada en los Estados Unidos, es conocida en todo el Occidente por su proceso de modernización. Sus contemporáneos la perciben como una de las más llamativas muestras de progreso y desarrollo industrial. En la ciudad, luego de años de un constante flujo de inmigrantes provenientes de diversos países y regiones, aunque mayoritariamente del continente europeo, comienza a consolidarse la formación de un nuevo tejido social. Están dadas las condiciones para que surja un entorno urbano moderno, caracterizado por un alto grado de heterogeneidad cultural. Lo llamativo del desarrollo de Chicago y lo que la vuelve un caso bastante singular en su época es la velocidad de construcción de su estructura material (destacándose un número notable de edificaciones verticales) y su explosión demográfica, causada por los flujos migratorios (internos y externos). Merece una mención especial la situación de los pobladores de las inmediaciones y del sur de los Estados Unidos, que se desplazan del entorno rural hacia la creciente ciudad. Todo este crecimiento social y material enmarca el origen de una nueva sociedad que no cuenta con un pasado en común y que presenta dificultades para conformar una identidad propia. Tampoco cuenta con mecanismos de cohesión social compartidos y definidos, más allá de los que se presentan gracias a la división social del trabajo industrial (Ullán de la Rosa, 2014).

La ciudad y el contexto urbano comienzan a ser considerados como posibles campos de estudios. Los intelectuales de la época vinculados a las ciencias sociales depositan su atención en los problemas que derivan de estos procesos acelerados de crecimiento demográfico y desarrollo material, en términos de infraestructura. Pasan a formar parte de la vida cotidiana la violencia urbana, la discriminación, el hacinamiento, las organizaciones mafiosas y una gran diversidad de fenómenos que son producto de esta nueva realidad social, donde la vida se transforma en un desafío para diversos colectivos.

Los miembros de la Universidad de Sociología de Chicago no tardan en tomar la ciudad como “laboratorio” y estos fenómenos se vuelven relevantes en su labor investigativa. Según Azpúrua (2015) de 1915 a 1940 se pueden ubicar una heterogeneidad de proposiciones teóricas que tienen como centro la Universidad de Sociología de Chicago y el interés por fenómenos que constituirían el campo de la sociología urbana. También es conocida la labor que se llevó a cabo en cuanto al estudio de las diversas comunidades de la ciudad de Chicago, muchas veces a partir de un enfoque empírico que promovió la utilización de herramientas y técnicas de investigación que actualmente forman parte del método de investigación etnográfico (Ullán de la Rosa, 2014).

En este apartado nos centramos en la revisión de algunos textos con el fin de desarrollar conexiones entre las propuestas teóricas de Simmel, Robert E. Park y L. Wirth. A pesar de que Simmel no se puede citar como miembro de la actualmente denominada Escuela de Chicago (a partir de ahora bajo la abreviatura: EC) su labor ha influido en los estudios urbanos llevados a cabo por sus autores. Como dato adicional destacamos que Simmel fue profesor de R. Park en Berlín, a mediados de 1899.

Simmel (1903/2005) señala que en el entorno metropolitano se configura un comportamiento mental moderno. El habitante de la metrópolis se ve expuesto a gran cantidad de estímulos en un entorno vertiginoso e intenso, esto lo lleva a desarrollar una personalidad de tipo reservado, indiferente, donde prima lo intelectual y se ve mermado el aspecto emocional. El análisis psicológico que hace el autor también incluye una comparación constante con aspectos típicos de la vida de pueblos, o de sectores rurales. Señala que en estos lugares se pueden ver con más frecuencia vínculos estrechos o más personales debido a sus modos de asociación, donde lo emocional está bastante presente en el ámbito de las interacciones. Las características propias del ciudadano capitalista y su relación con el dinero también están explicadas a partir del aspecto intelectualizado que surge con la personalidad moderna

El autor propone que los mecanismos internos como la indiferencia, la especialización y la intelectualización, responsables por determinar la conducta del habitante de la metrópolis, pueden reunirse bajo el concepto de *actitud blasé*. Sennett (2019) indica que la actitud blasé tiene que ver con la racionalidad presente en la forma de relacionarse con los demás en un entorno urbano abrumador que a fuerza de excesivos estímulos genera ansiedad en los ciudadanos. También señala que cuando Simmel reflexiona sobre la intensificación de la estimulación nerviosa a partir del intercambio rápido e incesante de estímulos (internos y externos) describe algunas características que son muy similares a las presentes en la noción

de *modernidad líquida* (2004). Además, opta por la expresión “máscara de Simmel”, porque el autor habla de “una «actitud blasé» [de indiferencia por hastío o saturación], que no hace del todo justicia a su idea, ya que la gente no es en realidad indiferente a su entorno, sino que simplemente actúa como si lo fuera” (Sennett, 2019, p. 60).

De R. Park podemos decir que su *Ecología Humana* (1925/1999), como propuesta teórica y metodológica para entender y estudiar las ciudades tomando elementos utilizados para comprender los ecosistemas naturales, representa un paso significativo para allanar el camino que permitirá identificar particularidades de los modos de vida urbano. Si analizamos la forma de pensar la ciudad que propuso el autor, es fácil percibir la línea de desarrollo teórico que influiría en Wirth. Según R. Park:

La ciudad es sobre todo un estado de ánimo, un conjunto de costumbres y tradiciones, de actitudes organizadas y de sentimientos inherentes a esas costumbres, que se transmiten mediante dicha tradición. En otras palabras, la ciudad no es simplemente un mecanismo físico y una construcción artificial: está implicada en los procesos vitales de las gentes que la forman; es un producto de la naturaleza y, en particular, de la naturaleza humana (1925/1999, p.49)

Entonces, podemos analizar la ciudad desde una perspectiva que va más allá de su dimensión material, que parece en muchos puntos resultarle adversa al habitante desde una mirada más psicológica, como la que propuso Simmel (1903/2005). La ciudad no es solo el recipiente de la vida social, no es solo la realidad material que a veces le resulta impactante al habitante por su acumulación (en términos cuantitativos) de estímulos, de interacciones, de habitantes. La ciudad está implicada en los procesos vitales, y esto es lo que nos permite contextualizar como propondrá Wirth el urbanismo moderno. Si la ciudad en su realidad material es alterada y configurada por sus habitantes y por la naturaleza humana a través de sujetos sociales que construyen un “ecosistema urbano”; también podemos pensar que, a partir de una lógica similar, la naturaleza humana se expresa y organiza en esta ciudad mediante grupos y colectivos que presentan características relacionadas tanto al modo de vida como al entorno urbano. Proponemos esta reflexión como una forma de pensar la transición entre la ciudad pensada según la noción de *Ecología Humana* y lo propuesto por Wirth en el texto *El Urbanismo como modo de vida* (1938/2005).

Dicho autor logra aproximarse al fenómeno de las urbes desde una Sociología Cuantitativa que contempla el impacto de la organización espacial y social sobre los modos de vida. Podemos decir que reúne y sistematiza gran variedad de aspectos teóricos que ya

circulaban en el ambiente académico de la época. La propuesta de esta sección del capítulo se centra en la articulación teórica de la publicación de Wirth con el material de sus colegas contemporáneos de la EC. Uno de los motivos para este recorrido es precisamente la variedad de contenidos que reúne el autor para darle sustento a su producción. Cabe aclarar que todo esto no atenúa su mérito, puesto que también desarrolla e introduce conceptos propios que posibilitan un enfoque innovador con respecto a lo urbano. Enfoque que consideramos necesario y vigente.

Wirth (1938/2005) sugiere que la comunidad folk-rural y la comunidad urbana-industrial pueden entenderse como polos desde donde se pueden situar los tipos de asociación humana. Como veremos, esto resulta bastante útil al momento de desarrollar diferencias, contrastes, comparaciones y explicaciones. La definición sociológica de ciudad que propone “un establecimiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos” (p. 4) sirve de base para identificar que tan integrada a un modo de vida urbano está una comunidad, ya que “cuanto más grande, más densamente poblada y más heterogénea sea una comunidad, más acentuadas estarán las características asociadas con el urbanismo” (p. 5). Esto implica que el modo de vida urbano está estrechamente ligado a la forma en que se organizan las ciudades. Por eso son fundamentales esas tres características que tienen algún grado de relación con su dimensión material: la heterogeneidad, el tamaño y la densidad. Utilizando estos elementos el autor describe cómo a partir de la estructuración y organización de la ciudad se generan efectos en las dimensiones sociales y colectivas, así como las relaciones dentro tejido social. Desde este enfoque revela características particulares de las relaciones intersubjetivas que se producen dentro del espacio urbano.

Plantea que el tamaño de la ciudad explica la existencia de una mayor distancia entre los rasgos personales, ocupaciones, de vida cultural y de forma de pensar en los miembros de una comunidad urbana en comparación a las comunidades de habitantes rurales. También expresa que en una ciudad numerosa los lazos de parentesco y vecindad, así como los sentimientos que surgen a través de la vida común desaparecen o se debilitan, y como reemplazo a la forma de vínculo basada en la solidaridad aparecen la competencia y el control formal. Otra característica de las relaciones humanas es su manifestación segmentada, lo que posibilita explicar la personalidad urbana como de carácter “esquizoide”. Las personas en la vida social de la ciudad se conocen en menor cantidad y de forma menos profunda. Además, las relaciones entre los habitantes urbanos son de menor dependencia, y están más limitadas por necesidades específicas. Por eso es posible decir que los contactos son secundarios antes que primarios. Son

cara a cara, pero son impersonales, superficiales, transitorios y segmentados. Aparecen la indiferencia, el hastío y la reserva a partir de la necesidad de resguardarse ante las exigencias propias y las expectativas ajenas (Wirth, 1938/2005).

La superficialidad, el anonimato y lo transitorio de las relaciones sociales urbanas pueden dar cuenta de la racionalidad y la sofisticación que se le adjudica a los habitantes de la ciudad. También determinan un aumento en cuanto a emancipación y liberación con respecto a los grupos íntimos; aunque esto puede afectar de forma negativa la autoexpresión espontánea, la moral y el sentido de participación que se tiene al vivir en una sociedad integrada (ídem).

Para Wirth (1938/2005) los efectos del aumento de la densidad de población en el entorno urbano causan que la vida y el trabajo reúnan a individuos que no tienen lazos sentimentales y emocionales, fomentando a que se genere un espíritu de competencia y mutua explotación. El movimiento de gran cantidad de personas en este entorno puede provocar roces, que a la larga generan un estado de ánimo irritable. La necesidad de distanciarse de los demás durante la realización de la vida en la ciudad puede provocar un sentimiento de soledad, en caso de que la persona no logre compensar los efectos que surgen de sostener diariamente esta actitud de reserva y distanciamiento. También señala que lo visual cobra mayor relevancia en el mundo urbano densamente poblado y prevalecen los uniformes que identifican roles; las personas que los visten pasan a un plano secundario donde no se destaca su singularidad como individuo. Si a nivel personal existe la especialización en roles y ocupaciones, la ciudad como organización también la manifiesta, por eso se puede concebir como un "mosaico de mundos sociales". Dentro de este contexto la tolerancia hacia las diferencias es algo necesario y distintivo en los habitantes urbanos.

Sobre el impacto de la heterogeneidad en la constitución de la vida urbana, plantea que por la gran movilidad social: se vuelve común y frecuente el cambio de grupos de pertenencia, la fluctuación en términos de lugar de residencia, tipo de empleo, ingresos, intereses, etc. En la ciudad es poco frecuente el lazo vecinal, ya que además de la alta movilidad comúnmente las personas no son propietarias de sus viviendas. Esto significa que es más difícil que se generen tradiciones y sentimientos firmes respecto al sitio donde se vive. Entonces, el individuo dentro de este panorama extenso y cambiante rara vez concibe a la ciudad como un todo, lo que impide que logre procesar internamente su lugar en ella.

A modo de proposición Wirth (1938/2005) señala que:

El urbanismo en tanto modo característico de vida puede ser enfocado empíricamente desde tres puntos de vista interrelacionados: 1) Como una estructura física que comprende una base de población, una tecnología y un orden ecológico; 2) como un sistema de organización social que involucra una estructura social característica, una serie de instituciones sociales y una pauta típica de relaciones sociales; y 3) como un conjunto de actitudes e ideas, y una constelación de personalidades comprometidas en formas típicas de conducta colectiva y sujetas a mecanismos característicos de control social. (p.11)

Consideramos que el autor propuso una mirada donde los modos de vida urbanos pueden estar relacionados a un aumento en la vulnerabilidad de los vínculos sociales de los habitantes. También podemos pensar que la fragmentación de los grupos sociales y los colectivos, entre otros temas característicos de nuestra época actual, ya se percibía durante la década de 1930 a través de estudios sobre lo urbano, como el de Wirth. Finalizando este apartado destacamos el enfoque planteado por Corraliza (2000), que incorpora de forma más acentuada la dimensión subjetiva y biográfica. Existen más puntos en común que divergencias entre ambas proposiciones, pero el hecho de que el último sea un autor contemporáneo permite resaltar tanto la actualidad como la importancia del texto de Wirth (1938/2005).

Para Corraliza (2000) los cambios en la forma de expresión y estética urbana, así como su estructura, también se relacionan con cambios en los modos de vida y en la experiencia social. Los procesos de estructuración de la trama urbana afectan a las formas y estilos de vida, y a los diversos conflictos sociales. El autor destaca la proximidad y la constante interrelación entre la ciudad como elemento material, la estructura social que alberga y las dinámicas biográficas y personales de cada uno de los sujetos que la habitan. Entonces, la ciudad es el espacio donde se conjuga lo físico, lo social y lo personal.

Henri Lefebvre: De la Ciudad a la Sociedad Urbana

Henri Lefebvre fue un filósofo francés con un marcado interés por la sociología y la geografía. Desarrolló la mayor parte de su obra desde una perspectiva marxista y humanista. En el apartado anterior la ciudad industrial fue el eje principal del contexto histórico y de la temática urbana en Chicago, a principios del siglo XX. La propuesta que guía el desarrollo de esta sección es aportar la perspectiva del autor sobre el urbanismo moderno, para realizar una articulación con autores contemporáneos que tienen una mirada similar y aportan nuevas ideas y conceptos.

Lefebvre (1970/1999) hace una revisión de la historia de los modos de asociación humana desde la existencia de pequeños pueblos primigenios hasta un futuro próximo donde lo urbano conforma una *sociedad urbana*, planteada a modo de horizonte virtual con el fin de facilitar análisis teóricos. Dentro de una línea temporal, posterior a la existencia de pequeños pueblos se puede ubicar el nacimiento de la ciudad política, luego surge la ciudad comercial (dando lugar también a un periodo donde ambas coexisten: ciudad política y comercial) para finalmente llegar a la aparición de la ciudad industrial.

Citamos este breve análisis porque dentro de la línea temporal que lo compone se puede ubicar un cambio de consciencia que impacta sobre la relación ciudad-campo. Lefebvre (1970/1999) señala que este cambio se puede ubicar en el occidente europeo durante los siglos XVI y XVII. A partir de ahí, en la concepción social la ciudad deja de percibirse como una “isla” ubicada dentro de lo rural. Ya no se la piensa a través de connotaciones negativas, deja de representar lo antinatural. El campo pasa a ser el “afuera”, el exterior, las inmediaciones de la ciudad; y las personas de las aldeas, de la vida rural, pasan a producir para el mercado y para la ciudad. Dentro de este contexto donde también se destaca el racionalismo como corriente de pensamiento, se produce la inflexión de lo rural hacia lo urbano. El Estado ejerce su hegemonía dominando campo y ciudad; la realidad social se inclina hacia la realidad urbana; el comercio continúa creciendo y el mercado permanece presente.

Según Lefebvre (1970/1999), cuando surge el capital industrial comienza a gestarse la ciudad industrial. Se puede entender el ingreso de la industria en la ciudad como el avance de la no-ciudad o de la anti-ciudad, estos términos sirven para pensar las dificultades que se producen en ese proceso. La industrialización impulsada por el capitalismo, luego de entrar en la ciudad, causa su implosión- explosión:

(..) es decir, la enorme concentración (de agentes, de actividades, de riquezas, de cosas y de objetos, de instrumentos, de medios, de posibilidades y de pensamiento) [...] y el inmenso estallido, la proyección de múltiples y disociados fragmentos (periferia, extrarradios, residencias secundarias, satélites, etc. (p.143)

Acuña la expresión “fase crítica” para pensar lo urbano como lo conocemos hoy. Una realidad que al ampliarse se fragmenta, que ya no posee los rasgos propios de la época anterior “totalidad orgánica, pertenencia, imagen exaltadora, espacio medio y dominado por los esplendores monumentales.” (Lefebvre, 1970/1999. p.143) La realidad urbana actual está compuesta por la disolución de lo urbano, puesto que “se convierte en disposición, orden

represivo, demarcación con señales, sumarios códigos de circulación (de recorrido) y de referencia” (ídem).

Ullán de la Rosa (2014) resalta esta forma de pensar el espacio como un producto social basado en ciertos valores. Además, destaca que la producción social del espacio urbano es imprescindible para la reproducción del sistema social en su conjunto. Las clases dominantes controlan la producción del espacio debido a la función fundamental que representa, y la utilizan para reproducir su dominación sobre el resto.

Es posible pensar lo urbano entendiendo que históricamente diversos intereses guiaron decisiones sobre los espacios y alteraron la vida cotidiana de sus habitantes. Como queda claro en lo propuesto anteriormente, la sociedad urbana como virtualidad no nos impide reflexionar sobre la sociedad contemporánea. En la mayoría de los análisis que se hacen actualmente, aparece el capitalismo contemporáneo de forma ineludible. Ya está presente en la noción de *sociedad de consumo dirigido* (Lefebvre, 1970/1999), y aparece como condición necesaria para pensar la noción de modernidad líquida (2004) o *sobremodernidad* (2000).

De acuerdo con Ullán de la Rosa (2014), en este enfoque que venimos desarrollando el espacio es un elemento clave en la producción y reproducción del sistema capitalista, entonces resulta necesario revisar las formas de producción y reproducción tanto del capital como del espacio. En gran parte de la obra de Lefebvre nacida durante el periodo de posguerra y de los Estados de Bienestar, además de hallar fuertes críticas al urbanismo, vamos a encontrar reflexiones agudas sobre la injerencia del mercado financiero en el mercado inmobiliario. El autor vivía muy de cerca “los proyectos de gentrificación y la intrusión del urbanismo racionalista en el propio centro de París” (Ullán de la Rosa, 2014, p. 219).

Lefebvre (como se citó en Camargo, 2016) sostiene que este urbanismo moderno, que se ejerce desde unos supuestos de producción y racionalización del espacio, mercantiliza la vida. Esto resulta evidente en la forma de compartimentar la organización social de la ciudad en lugares con funciones claramente delimitadas (educación, ocio, trabajo, vivienda, consumo, etc.) La responsabilidad recae en el Estado y en el Capital por implementarlo, ya que generan segregación espacial, una vida urbana enajenada por el consumo, la fragmentación de la cotidianeidad y la exclusión espacial, entre otros efectos desfavorables para los habitantes. Este tipo de urbanismo funcional, según el autor, es una ideología de clase y una estrategia burguesa de organización espacial. La ciudad pasa a transformarse en una sumatoria de funciones separadas, lo que impide una concepción de ciudad como totalidad. Esto limita el proyecto de realización de la vida urbana, entendida como una construcción desde lo colectivo.

La perspectiva contemporánea no resulta muy alentadora. Alessandri (2014) no se aleja teóricamente de lo propuesto, y enriquece el debate sobre la cuestión urbana. Ubica la contradicción entre la producción social del espacio y su apropiación privada como tema presente en la reproducción del espacio urbano. Plantea que la apropiación privada se percibe en la captura de la riqueza, fruto de la producción general de la sociedad, y de los espacios como el suelo urbano. También hace un análisis profundo de los modos de vida urbano modernos, donde hace énfasis en los principales factores que generan fricciones entre la forma de producción social del espacio y la forma de apropiación de este: la mercantilización y el consumo. Además, al situar el consumo como eje de la ciudad moderna y de la sociedad, logra reflexionar sobre elementos fundamentales para pensar los modos de vida urbanos desde sus características de inmediatez y presentismo.

Para Alessandri (2014) la ciudad es experimentada como fragmentada por los sujetos consumidores; entonces, la vida cotidiana y los sentidos que la marcan se presentan como impedimentos para que se sientan realizados mediante las acciones diarias que constituyen sus rutinas. En la ciudad fragmentada la vida cotidiana entra en contacto permanente con la degradación de las condiciones laborales, el deterioro de habitación en sectores delimitados por barreras físicas, condóminos fortificados, edificios cercados, barrios cerrados al transporte y a los peatones por garitas; edificios majestuosos construidos por arquitectos de renombre; centros comerciales. En el contexto de los barrios y su transformación se presencian cambios en los vínculos vecinales, marcadas por la intolerancia y el prejuicio. También se presencia la caída o el deterioro de los espacios público como elemento unificador y relevante dentro del tejido social. En este espacio urbano moderno las formas de vida “tienden al incremento de la individualización, la aceptación y resignación de la violencia, al ver al “otro” como una amenaza y, también, el fragmentar el tejido social tanto espacial como socialmente” (Aragón, 2015, p.109).

Existe un concepto clave para entender lo urbano en la actualidad, y guarda cierta relación con esta expresión de anti-ciudad y no-ciudad que Lefebvre (1970/1999) le adjudica a lo industrial. Se trata de lo que Augé (2000) identifica como no-lugares: espacios impersonales, de tránsito, que no habilitan la posibilidad de relacionarse de forma significativa con ellos y, en definitiva, tampoco entre las personas. Existen diversos ejemplos de no-lugares: estaciones de ómnibus o tren, aeropuertos, algunos tipos de calles o autopistas, entre otros. Es necesario aclarar que Augé (2000) propone entender la contemporaneidad desde la noción de sobremodernidad, es decir, caracterizada por una aceleración en la tecnología, en el transporte,

en la dimensión social. Para el autor, la tónica de lo urbano corresponde a esta sensación de transitoriedad, de falta de esencia y presencia en las relaciones con el espacio.

Hechas estas aclaraciones, consideramos que a partir de los no-lugares de Augé (2000) y la no-ciudad que representa la industria, podemos reflexionar sobre la sociedad posindustrial. Esto podría dar lugar a pensar que, en la actualidad, la industrialización va cediéndole su lugar de relevancia a la urbanización, que se vuelve fundamental para los intereses del capital; entonces, estos no-lugares podrían pensarse, en cierto modo, como producciones o reproducciones del espacio directamente vinculadas a dichos intereses.

Ante una realidad tan compleja en términos de lucha por el espacio, vale la pena retomar la idea de derecho a la ciudad. Para Lefebvre (como se citó en Camargo, 2016) existe el derecho a poder involucrarse en las decisiones que afectan la ciudad, su forma de pensarla y su forma de habitarla. Esta idea implica que la ciudad y el espacio urbano deben contemplarse por los habitantes como elementos valiosos por su valor de uso.

Como propuesta adicional, promoviendo el valor de uso de los espacios, destacamos la noción de *lugaridad* (2018). Este concepto da cuenta de espacios centrípetos de carga simbólica, que permiten a los habitantes un grado de acogimiento y logran significarlos. Como alternativa a la alienación urbana se vuelven sumamente importantes estos lugares cargados de memoria, de tiempo individual y colectivo. En ellos, a través del tiempo, el espacio se va cargando de sentidos históricos, individuales o biográficos, y adquiere diversos significados para los individuos o colectivos que se relacionan con él. (Mandoki, 2018)

En definitiva, lo urbano o la cuestión urbana no deja de plantear interrogantes. La sociedad urbana parece haber perdido esa virtualidad desde donde la pensaba Lefebvre. Hoy parece una realidad posible y no muy lejana.

Capítulo 3: Vida Urbana y Exclusión Social

Ciudad Abierta y Comunidad Contingente

Retomamos las últimas décadas del siglo XX para pensar nuestra contemporaneidad, por constituirse en un momento histórico sustancial. Es un periodo donde confluyen procesos sociales, políticos y económicos de gran relevancia para la temática que venimos desarrollando. El declive de los Estados de Bienestar es una de las tantas transformaciones por la que transitan los países occidentales; en el mismo periodo comienzan a producirse grandes avances tecnológicos y de medios de comunicación. Los procesos de globalización se aceleran y ganan fuerza. Como veremos, la globalización y el resurgir del neoliberalismo a principios de los años 1980 están estrechamente relacionados.

Según De Souza Santos (2015), en las condiciones del sistema capitalista occidental no existe una globalización genuina. Propone pensar bajo el término *globalización* al proceso mediante el cual una condición o entidad local extiende su alcance por el mundo, y a partir de esto obtiene los medios para poder designar como *local* determinadas entidades o condiciones sociales que se le oponen o rivalizan con ella. El mundo en el cual vivimos está compuesto a la vez por procesos de *localización* y de globalización. Consideramos que la globalización hegemónica tiene un papel relevante para América Latina durante el periodo histórico que estamos detallando.

En un mundo polarizado por la Guerra Fría (durante la década de 1970) luego de una serie de acontecimientos históricos se instalan varios gobiernos autoritarios en la región. Además de la violencia y el terrorismo de Estado, las dictaduras militares (cívico-militar en el caso de Uruguay) que aún se mantienen en el poder a principios de 1980, conciben la idea de desarrollo a través de una perspectiva económica monetarista; a diferencia del éxito parcial en la aplicación de las políticas públicas y económicas propias de los Estados de bienestar, la imposición de las políticas de corte neoliberal se realiza de forma eficiente (Baráibar, 2000). Por lo tanto, en muchos países de la región los movimientos sindicales, las organizaciones político-partidarias, toda una larga tradición colectivos y comunidades ven alterada su cotidianeidad y afectada la posibilidad de desplegar vínculos y relaciones sociales.

Baráibar (2000) señala que el pasaje del pensamiento keynesiano al pensamiento monetarista se origina en los países desarrollados y desde allí es impulsado por los pensadores que defienden la necesidad de cambios similares en los países en desarrollo. En América

Latinase se constituye un estilo hegemónico de políticas sociales y económicas. Surge y se propaga la idea de “hombre económico”, que a través de maximizar su beneficio personal beneficia al conjunto social. Las libertades negativas constituyen su estructuración teórica; son las que abalan el ejercicio pleno de sus libertades individuales, interrumpiendo la posibilidad de que aparezcan argumentaciones cuyo sostén sea promover el interés público. Desde esta perspectiva el Estado se concibe como la causa principal de los problemas que se generan en la estructura “natural” de intercambio. Por lo tanto, debe ser mínimo para proteger los intereses privados, de modo que no altere los mecanismos básicos donde se encuentran y optimizan socialmente los intereses de vendedores y compradores (el mercado). Este proceso a principios de 1980 está en su punto más alto. Según De Souza Santos

(...) en las sociedades periféricas, los imperativos del modelo neo-liberal son de tal manera fuertes y desproporcionados en relación a las resistencias que les pueden ser hechas que, más que a la transformación del Estado, se asiste a su virtual colapso, a una situación de falencia y de inviabilidad estatal (como se citó en Baráibar, 2000, p.9)

El breve recorrido histórico realizado hasta aquí, cumple la función de describir algunos eventos que también se pueden pensar como pertenecientes a un contexto de transición hacia la modernidad líquida, o a la sobremodernidad, entre otras propuestas conceptuales. Habiendo citado las particularidades de los países Latinoamericanos, proponemos pensar en líneas más generales el impacto de estas transformaciones en las identidades colectivas y en los procesos de subjetivación.

Sennett (2006) señala que el desmantelamiento de las instituciones no se ha traducido en nuevas comunidades, o en beneficios para las ya existentes. No se han visto favorecidas las relaciones de confianza, de solidaridad cara a cara, las relaciones constantemente negociadas y renovadas, ni los espacios comunes donde las necesidades del otro logran conmover a las personas. La fragmentación y el desmantelamiento de las grandes instituciones no ha desembocado en un aumento sustancial de lo comunitario; sin embargo, en el capitalismo flexible contemporáneo sí se promueve un nuevo ideal cultural para transitarlas. Se vuelve necesario un yo orientado a corto plazo, centrado en la capacidad potencial y con una voluntad que le permita abandonar fácilmente las experiencias del pasado. Exigencias que la mayoría de las personas no pueden satisfacer, precisamente porque se componen a partir de expectativas idealizadas.

De acuerdo con Sennett (2000) la flexibilidad es una de las características más destacadas del capitalismo contemporáneo. Se ven reflejados sus efectos en una sociedad que cada vez más se caracteriza por su impaciencia y su excesiva valoración de todo lo relacionado

a la inmediatez; también en la economía orientada al corto plazo y en las instituciones, en sus procesos constantes desintegración y reorganización. Según el autor, esto constituye una nueva realidad cotidiana que entra en conflicto con las características propias del carácter, que tiene como centro el aspecto duradero de la experiencia emocional. El carácter también se constituye a partir de la búsqueda de objetivos a largo plazo, en la lealtad y el compromiso con los demás, en reemplazar la gratificación inmediata por la gratificación a futuro, para así hacer foco en objetivos a largo plazo. Además, guarda relación con rasgos personales que los sujetos valoran en sí mismos y por los que también quieren ser valorados.

Se percibe la emergencia una nueva concepción individualista del ser humano a partir de las transformaciones y los cambios que identifica el autor. Resulta interesante analizarlos teniendo en cuenta lo planteado por Guareschi (2001), que desde una mirada psicosocial cuestiona firmemente algunos de los presupuestos neoliberales. Para el autor, la competitividad que se promueve solo puede ser posible si hay diferencias y exclusiones. Es decir, para que exista ese ambiente competitivo la exclusión se vuelve una exigencia. El presupuesto del liberalismo o neoliberalismo, tanto en el plano económico, como en el filosófico u social, es que el progreso y el desarrollo solo son posibles a través de la competencia. También destaca la culpabilización como mecanismo psicosocial que busca legitimar la discriminación y la exclusión social. Señala que identificar la representación de lo individual como “representación colectiva” trae como consecuencia que las atribuciones de éxito o fracaso se concentren en personas particulares, dejando completamente de lado las causalidades históricas y sociales.

Considerando lo propuesto hasta aquí, y coincidiendo con Villava (2011), es posible entender los motivos por los que, en la actualidad, la pérdida o la desaparición de la comunidad genera preocupación en los más diversos ámbitos académicos y sociales. Vale aclarar que la comunidad está estrechamente relacionada a la condición humana, lo que la vuelve ineludible, sin embargo, siempre es necesario pensar y decidir en qué clase de comunidad se pretende vivir, es decir, la forma en se pretende estar con otros. Salazar Villava (2011) indica que la noción de comunidad permite categorizar agrupaciones subjetivas que, prescindiendo de reconocimiento jurídico formal, igual logran plantear diversas reivindicaciones e insertarse en la realidad social y política de su contexto histórico. Para la autora, el reconocimiento recíproco que constituye modalidades del “nosotros” sobre la base de lo que se tiene en común, fundamental en la génesis de la idea de comunidad, es indispensable para comprender las identidades colectivas y la configuración de sus estrategias para la acción política. Profundizando en este proceso de construcción identitaria, Kuri Pineda (2019) lo describe como una dinámica identitaria, fruto tanto

del cambio como de la permanencia; se presenta como un constructo abierto, producto de la relación con el otro, con lo diferente. Esta tensión nosotros/ellos se destacan como un elemento relevante para la configuración y reproducción de la identidad de los sujetos. Además, la autora señala que la dinámica constitutiva de toda identidad viene ligada a una construcción simbólica que se traduce en un sentido de pertenencia a un grupo social o a un lugar determinado.

Resulta necesario distinguir algunos rasgos diferenciales implicados en la constitución de la experiencia de la comunidad. Salazar Villava (2011) propone pensar la comunidad desde una perspectiva esencial (pueden usarse los términos fundamental o trascendente) y desde la perspectiva contingente. La comunidad desde lo contingente da lugar a un proceso de identidad colectiva en devenir, posibilita la acción política en un entorno de permanente constitución y destitución identitaria. Por otra parte, la autora señala que la comunidad esencial tiende a lo fusional, es decir, a la integración total, a la negación de la diferencia de cada miembro. Se constituye una identidad clausurada, de autoafirmación a través de fundamentos esenciales que suelen verse en las formas identitarias construidas como totalidades. El rechazo implícito o explícito de todo lo que se presenta como distinto, diferente, surge como el rasgo distintivo de estas construcciones identitarias caracterizadas por la violencia y las tendencias totalitarias.

A partir de esta comprensión de la identidad como parte fundamental de la génesis de las comunidades y de las subjetividades colectivas e individuales, son evidentes los desafíos que impone un mundo que tiende al individualismo y a la mercantilización de la vida y los espacios. También proporciona nuevos elementos para analizar problemáticas presentes en muchas ciudades: violencia urbana, discriminación, machismo, racismo. Debemos considerar la posibilidad de que como resultado de las dinámicas de constitución de identidades algunos sujetos o comunidades deriven hacia prácticas y discursos que promuevan o busquen imponer cierta mirada normativa, tratando de homogeneizar la vida social o la forma de habitar la ciudad. Además, en términos de desigualdad e injusticia social, es necesario insistir en la noción de inclusión perversa, donde se propone pensar que todos forman parte del circuito reproductivo de las actividades económicas, sin embargo, existe un gran número de personas que lo hace desde la precariedad o la imposibilidad de acceder a distintos recursos. Esto tiene efectos que sobrepasan la dimensión económica (Bader Sawaia, 2001).

La PSC es un claro ejemplo de los desafíos que surgen a partir del progresivo debilitamiento del lazo social, de la profundización de los procesos de fragmentación y la desvinculación social. Estas solo son algunas de las barreras que se anteponen a las acciones

que buscan la construcción de valores e intereses “comunes”, es decir, a la acción colectiva que se promueve desde su campo de estudio (Montenegro et al., 2014).

Sennett (2019) aporta desde el urbanismo una idea que puede resultar útil para sumar opciones o alternativas ante estas situaciones; se trata de la ciudad abierta: pensar a la ciudad como un sistema abierto. Se puede analizar como una concepción de la ciudad que contempla el devenir de sus habitantes, de las comunidades, de los procesos sociales e históricos. En tanto indeterminada, abierta a las acciones sobre su estructura, a los cambios imprevistos, esta forma de pensar la ciudad se asemeja (a modo de analogía) a la perspectiva que ofrece una comunidad contingente. Estas similitudes nos permiten hacer énfasis:

(...) en la forma en que las prácticas sociales, las relaciones sociales, el poder y la constitución de subjetividades colectivas e individuales –como la identidad, la experiencia y la memoria– moldean al espacio, al tiempo que éste los condiciona, gestándose, así, un vínculo recursivo entre la dinámica societal y los procesos espaciales (Kuri Pineda, 2019, pp.51-52)

Sennett (2019), a partir de pensar la *cité* como la forma en que se construye la ciudad, la entidad material, y la *ville* como la forma de habitarla, indica que una ciudad que adopta un modelo abierto podría dar lugar a fenómenos como el de la calle Kantsrasede (ubicada en Berlín, Alemania) donde:

Las membranas porosas entre comunidades, las variaciones de un lugar a otro de las formas-tipo y la planificación seminal que las distribuye, pese a no ser formas de carácter arrollador ni monumental, son más que simples aplicaciones locales. La ville abierta rebosa carácter debido a sus marcadores, sus irregularidades, sus estructuras incompletas (2019, p. 316)

Un espacio de estas características podría favorecer a que proliferen comunidades particulares de amplia vitalidad, cuyos bordes inestables las definan y les otorguen identidad, sosteniéndolas en devenir constante (Salazar Villava, 2011). Para que esto sea posible se deben solventar algunos problemas relacionados, según Sennett (2019), a cierta tendencia histórica del urbanismo hacia el énfasis autodestructivo sobre el control y el orden, que por momentos puede dar paso a que se pretenda dictar la manera en que las formas se transformarán con el paso del tiempo. Según el autor, la conexión ética entre urbanistas y habitantes debe generarse a partir un acuerdo común que permita cierto grado de modestia, para reconocer que se vive en sociedad, entre otros, y asumir el compromiso de que en el mundo es un reflejo social y físico de

esta diversidad de formas de ser y de vivir. Entonces, la ética de una ciudad abierta coincide con la idea de que “El ser humano se humaniza solamente en el encuentro con el otro” (Salazar Villava, 2011, p.97).

La propuesta de la ciudad abierta invita a pensar otras formas de habitar la ciudad. Sin embargo, la fuerza de los problemas estructurales visibles al principio de este capítulo podría inclinarnos a considerarla como una propuesta más bien utópica, antes que real. Por otra parte, también se podría decir que algunas utopías son necesarias.

Subjetividad Urbana: Entre la Macropolítica y la Micropolítica

De acuerdo con Fernández Christlieb (2004), cuando nos referimos a la sociedad civil no hablamos de individualidades conglomeradas, hablamos de un espíritu de ciudadanía que tiene como materia prima la ciudad. Según el autor, la ciudad en tanto espíritu civil contiene a todas las personas y todo lo que éstas albergan en sí, así como sus posesiones; también distintas obras, las más variadas funciones y una historia que no puede resumirse en cualquier tipo de conocimiento que emergiera de la suma de todos los ciudadanos, sea cual sea su número. Cuando propone un recorrido a través de la historia de la ciudad y, por lo tanto, de la historia del espíritu colectivo, lo hace señalando que este inicia pensando y sintiendo con la calle, y a partir de ésta surgen las casas, los cafés, el parlamento, y a partir del parlamento lo colectivo origina al individuo. Entonces, a medida que la memoria colectiva se emplaza en distintos espacios da lugar a la democracia, la individualidad, la razón, la pluralidad, la ciencia, la tecnología. El autor propone analizar al espíritu colectivo desde un recorrido entre los espacios públicos y privados realizando una personificación, lo que permite describirlo como una persona que se va moviendo entre los distintos espacios a través del tiempo. De forma resumida, la historia de la sociedad va dejando huella en el espacio, la memoria colectiva se emplaza en lugares y construye la ciudad, y la ciudad, desde la perspectiva del autor, también hace al lenguaje y a las personas. Además, cabe señalar que el espacio *intimo individual* también es hecho de memoria.

Una primera aproximación a su estilo ya es suficiente para apreciar que, desde la Psicología Colectiva, considera el lenguaje como una herramienta fundamental en su aproximación a la vida cotidiana y al espacio público como fuente principal de análisis.

González (como se citó en Fernández Christlieb, 2004) destaca como un acierto el pensar la ciudad en términos de espacios comunicativos, ya que se logra diferenciar la verdadera opinión pública de la otra, la pretendida, la que se proyecta en los medios de comunicación o la que se

lee en la prensa escrita. Esta idea nos alienta a pensar sobre los efectos que pueden derivarse de la amplia exposición a los diversos medios masivos de comunicación. Y el análisis de la ciudad hecho por Fernández Christlieb (2004) nos permite reflexionar sobre lo urbano desde su capacidad (según lo que se verá más adelante) producir subjetividad.

Estos dos puntos sirven para profundizar sobre algunos aspectos vinculados a la noción de exclusión social. Abren interrogantes sobre cómo se producen en la ciudad vínculos intersubjetivos alterados por procesos de subjetivación capitalista; es decir, cómo se condicionan algunas relaciones micropolíticas a partir de aspectos macropolíticos.

Wirth (1938/2005) en su época y a su modo, se aproximó mucho a una definición de subjetividad como resultado del estilo de vida urbano. Esto es bastante perceptible cuando se refiere a la urbanización como:

(...) esa acentuación acumulativa de las características distintivas del modo de vida que está asociado al crecimiento de las ciudades, y finalmente, los cambios en la dirección de los modos de vida reconocidos como urbanos y manifiestos en la gente que, dondequiera se halle, ha sufrido el hechicero influjo que la ciudad ejerce en virtud del poder de sus instituciones y personalidades a través de los medios de comunicación y transporte (p. 3)

En otras palabras: a través de la vida en la ciudad o mediante cualquier elemento característico de lo urbano se produce subjetividad. Ese es el “hechicero influjo” que ejerce la ciudad. En este sentido, Guattari (1996), que rechaza las dicotomías individuo-sociedad, hombre-mujer, sujeto-objeto, considera adecuado hablar de “producción” de subjetividad, ya que esto no significa adscribirla al campo de dichos sistemas de determinación compuestos por lógica binaria. La subjetividad es plural, polifónica y heterogénea, pues no surge como resultado de jerarquías ni de instancias superiores a otras en su producción, es decir, no es determinada a partir de una causalidad unívoca.

Sin embargo, en el sistema capitalista la producción de subjetividad es industrial y a escala internacional. Dicha subjetividad es maquínica, se moldea, recibe y consume. (Guattari y Rolnik, 2006). Se fabrica en “las grandes máquinas sociales, masmediáticas o lingüísticas que no pueden calificarse de humanas” (Guattari, 1996, p. 21). Podemos decir entonces que la subjetivación capitalista tiene que ver con los “sistemas de conexión directa entre las grandes máquinas productivas, las grandes máquinas de control social y las instancias psíquicas que definen la manera de percibir el mundo” (Guattari y Rolnik, 2006, p.42). A partir de estas definiciones es posible reflexionar sobre la ciudad como una gran *máquina* de subjetivación

capitalista, o un lugar privilegiado para analizar las diversas máquinas que producen subjetividades *modelizadas*.

Cuando Fernández Christlieb (2004) destaca la importancia que tiene la calle para movilizar a las personas y canalizar ese espíritu civil, esa fuerza que puede ser utilizada como instrumento político, coincide plenamente con lo señalado por Lefebvre respecto al aspecto positivo de la calle como “el lugar donde un grupo (la propia ciudad) se manifiesta, se muestra, se apodera de los lugares y se realiza un adecuado tiempo- espacio ... En cuanto al acontecimiento revolucionario, éste tiene lugar generalmente en la calle” (1970/1999, p.146). Pero también es posible otra reflexión, menos entusiasta. Lefebvre (1970/1999), además de llamar la atención sobre la colonización del espacio urbano por la publicidad y las imágenes, y de ver con preocupación la modernización de las calles, expresa:

La organización neocapitalista del consumo muestra en la calle su fuerza, que no reside únicamente en el poder (político) ni en la represión (reconocida o disimulada). La calle, sucesión de escaparates, exposición de objetos en venta, muestra cómo la lógica de la mercancía va acompañada de una contemplación (pasiva) que toma el carácter y la importancia de una estética y de una ética. La acumulación de objetos es paralela a la de la población y sucede a la del capital; adopta la forma de una ideología escondida bajo la forma de lo legible y lo visible, y que, a partir de ese momento, parece la propia evidencia (p.146)

A partir de una mirada similar Leser de Mello (2001) reflexiona sobre el modo de vida urbano. Hace énfasis en las ideas de cantidad y abundancia que en él se exaltan, expresando que entran en contradicción con la pobreza existente en la ciudad. Todos los habitantes están expuestos a diversos estímulos que invaden sus sentidos. Los objetos ofrecidos y presentados al deseo de los habitantes no distinguen entre aquellos que los pueden comprar o los que no. Los objetos de deseo, dice la autora, ya sean bienes materiales, poder o prestigio, no están al alcance de todos, aunque sea universalmente expuestos.

Leser de Mello (2001) señala que reconocer en el Otro a un semejante lleva a conferírle los mismos atributos de humanidad que encontramos en nosotros mismos. Para la autora, a las clases dominantes les resulta difícil reconocer a un igual en los “personajes” de la pobreza. Reconocen al diferente como desigual, y de la desigualdad a la inferioridad no hay mucha distancia. Así como de la desigualdad reconocida como inferioridad y del desconocimiento al temor, del punto de vista psicológico, tampoco hay gran distancia. De esto modo, en las ciudades el miedo al desorden y a la pérdida de la vida y de las propiedades, la pérdida de confianza en

la policía o en la justicia, pueden transformar la inseguridad y el temor difusos en acusaciones contra segmentos sociales o grupos específicos de sujetos que pasan a no ser vistos como iguales. Son deshumanizados al convertirse en portadores de rasgos de carácter indeseable, de un potencial de violencia.

Se vuelve necesario hablar de los medios de información para profundizar en la génesis de estos procesos de estigmatización y discriminación, destacando lo planteado por Guattari (1996) “las máquinas tecnológicas de información y comunicación operan en el corazón de la subjetividad humana, no únicamente en el seno de sus memorias, de su inteligencia, sino también de su sensibilidad, de sus afectos y de sus fantasmas inconscientes” (pp.14-15).

Fernández Christlieb (2004) señala que los medios de información son reiterativos y sumamente eficientes en su función, aunque esto conlleve a que la información se abra paso por todas las vías posibles (inclusive creando nuevas) de forma insistente: “Los periódicos, por ejemplo, aparecen todos los días haya o no haya noticias, y se tienen que llenar a fuerza con algo. “...” La información tiene la obligación informática de informar, aunque no haya nada que informar” (p. 81). Para Leser de Mello (2001) los medios de comunicación no son neutros ni pueden serlo. Además, al posicionarse como intermediarios en la ampliación del mundo social y de lo que en él ocurre, se convierten en los oídos y los ojos de los acontecimientos de la ciudad. El problema radica en que son impulsados por la publicidad, por lo tanto, existen intereses en juego; hay motivos razonables para dudar sobre su neutralidad. La autora también destaca que, en el tono, en las palabras que se utilizan, en los rótulos y en la necesidad de clasificar los eventos y las personas bajo categorías estereotipadas existe una violencia igual o mayor a la que supuestamente denuncian en algunas ocasiones.

Sobre este punto, Guattari y Rolnik (2006) identifican la existencia de una necesidad de promover la discriminación y la culpabilización en la producción de subjetividad capitalista:

Es como si para mantenerse, el orden social tuviese que instaurar, incluso de las maneras más artificiales posibles, sistemas de jerarquía inconsciente, sistemas de escalas de valor y sistemas de disciplina. Tales sistemas dan una consistencia subjetiva a las elites (o a las pretendidas elites) y abren todo un campo de valorización social, donde los diferentes individuos y estratos sociales tendrán que situarse (p.56)

La producción de subjetividad en la ciudad o a través de los medios de comunicación masivos tiene gran impacto en las relaciones micropolíticas, en cómo se habita la ciudad y en cómo se percibe al otro. A pesar de esto, es posible promover cierto movimiento emancipatorio

a través de lo que Guattari y Rolnik (2006) llaman *procesos de singularización*. Los autores proponen que ante la imposibilidad de abstenerse o de mantenerse alejados de los procesos de producción de subjetividad, una idea oportuna desde las áreas de las ciencias humanas sería participar agenciando estos procesos de singularización, creando las condiciones o instancias para que sea posible una subversión de la subjetividad. Es decir, tratar de agenciar dispositivos que posibiliten movimientos de autonomía. Podría decirse que la PSC está abocada a esa tarea.

Considerando la temática que estamos desarrollando en este trabajo, podemos interrogarnos sobre la necesidad de promover otra forma de habitar las ciudades, las calles, las plazas. Promover los espacios públicos podría ser una forma de fomentar nuevos vínculos, nuevos encuentros con otros y nuevas formas de estar con otros. No estaríamos muy alejados de lo que propone Guattari (1996) cuando expresa que la:

(...) subjetividad contemporánea no tiene vocación de vivir indefinidamente bajo el régimen de repliegue sobre sí misma, de la infantilización masmediática, del desconocimiento de la diferencia y la alteridad en el dominio humano tanto como en el registro cósmico. Sus modos de subjetivación no saldrán de su "cerco" homogenético salvo que aparezcan a su alcance objetivos creadores. Aquí se trata de la finalidad de las actividades humanas en su conjunto. Más allá de las reivindicaciones materiales y políticas, emerge la aspiración a una reapropiación individual y colectiva de la producción de subjetividad (p. 162).

La Dimensión Humana en las Ciudades: Potenciar los Espacios Públicos

Para Gehl (2014) durante varias décadas la dimensión humana ha sido continuamente menospreciada por la planificación urbana, en cambio, temas como el manejo o el constante aumento del tráfico vehicular se han vuelto aspectos centrales. La explicación a este fenómeno puede residir en las diversas ideologías que han dominado el debate en torno al urbanismo y han delegado a un segundo plano al espacio público y al rol de la ciudad como lugar de encuentro para sus habitantes. El autor menciona que las fuerzas del mercado y ciertas tendencias arquitectónicas no han puesto el foco de interés en las interrelaciones y los espacios comunes de la ciudad; sin embargo, han redoblado esfuerzos e interés respecto a edificios individuales que se han transformado en espacios más aislados y menos expresivos. Resulta interesante ver como Gehl desde el siglo XXI tiene una perspectiva actual de lo que había advertido Lefebvre en París, durante la década de 1960. Ambos fueron testigos de los cambios que impuso el urbanismo moderno.

Gehl (2014) expresa que actualmente la crítica sobre los efectos del urbanismo en la vida de los habitantes es un tema de continuo debate. Para el autor, el espacio público y las calles son fundamentales para la vida urbana y para la vitalidad de las ciudades contemporáneas. Por eso resalta como aspecto negativo el incremento del sector automotriz, ya que el urbanismo moderno pasó a contemplar en el diseño de la ciudad a los vehículos como el principal medio de transporte. Las calles se volvieron lugares de circulación, se ampliaron; y se minimizaron los espacios públicos que propician el encuentro entre las personas; desde este punto de vista podemos pensar las calles que Fernández Christlieb (2004) destaca por su valor constitutivo de la ciudad y del espíritu colectivo, como las que más próximas a transformarse en no-lugares (Augé 2000). Mandoki (2018) advierte sobre los efectos de la velocidad en la percepción de los espacios, los que se vacían de sentidos y se deshabetan. La numerosidad y los valores únicamente productivos alteran la calidad de vida e imponen una nueva estética urbana en tanto forma de vivir y experimentar la ciudad desde el aislamiento y el (en) cierre. La búsqueda por la velocidad y la eficiencia que se percibe en el diseño tanto de las calles como de los vehículos, podrían pensarse como el reflejo de lo fundamental que se han vuelto la alta producción, la eficiencia, la inmediatez. La utilización que se hace de este espacio público fundamental, es decir, de la calle, podría dar lugar a pensar sobre el urbanismo moderno y sobre las sociedades occidentales, y como en mayor o menor medida, nuestros modos de vida se han visto afectados por las consecuencias de la inmediatez, del consumo y la exigencia constante por mayores niveles de producción. Mandoki (2018) destaca la soledad, la tristeza, el aislamiento, como algunas consecuencias del impacto de estas transformaciones en la vida cotidiana.

Para Gehl (2014) es necesario un urbanismo más humanista, para pensar de otra forma la vida en la ciudad, la planificación urbana y poner en el centro a las personas, en todos los sentidos posibles. La dimensión humana que plantea incorpora como punto de partida al habitante. Esto implica que las calles, las plazas y el entorno de la ciudad se piensen considerando como las principales opciones de desplazamiento la caminata del peatón y las bicicletas; en otro orden de importancia aparecen los medios de transporte público, y en última instancia los vehículos particulares. Sobre la bicicleta como medio transporte Augé (2009) señala la posibilidad de que le corresponda un papel fundamental: brindar la posibilidad de que los humanos vuelvan a tomar contacto con los lugares que constituyen su vida cotidiana. Volver a la bicicleta como medio de transporte permite pensar cierto grado de recuperación del valor simbólico de la ciudad, es decir, algo de su papel inicial e histórico de favorecer encuentros imprevistos. De este modo se puede pensar más allá de las barreras físicas, sociales o mentales que implican experimentar una ciudad inmóvil y rutinaria a cambio de favorecer encuentros

azarosos con los demás y con los espacios. La bicicleta como medio de desplazamiento representa diversos beneficios, entre ellos se destacan los medioambientales, los sociales y los económicos.

Como dice Gehl (2014), pensar la ciudad desde la dimensión humana contempla a los países con menos recursos, ya que algunos de los cambios, como los relacionados al espacio público, resultan económicos y accesibles, requieren únicamente voluntad política y organización. Estos cambios apuntan a pensar una ciudad segura, viable, sostenible y vital, donde la vida cotidiana se desarrolle bajo la idea del entorno material como lugar de encuentros. Para el autor, es necesario crear una atmosfera de seguridad a partir de fortalecer estas características propias de los espacios comunes, permitiendo que las interacciones entre las personas que favorezcan los sentidos de cercanía, confianza y consideración por el otro. En definitiva, un camino opuesto a favorecer la presencia de elementos como muros, rejas, y la continua presencia de la policía en las calles.

En un sentido similar, para Lee Teles (2009) la forma en que se construyen los modos de existencia es un aspecto fundamental al momento de pensar como construir la vida colectiva, los modos de estar, pensar y producir con los demás. Para la autora, se vuelve fundamental aportar procesos de subjetivación que posibiliten a las personas reinventarse, para así apreciar las sensaciones, las formas de sentir, siempre a través de potenciar los deseos más auténticos de las otredades. Todo esto implica entender que la separación conlleva a que se generen sensaciones de soledad, de tristeza y de disminución de la potencia individual y colectiva. Y como todos estamos en un continuo entramado múltiple donde afectamos y somos afectados, la disminución de la potencia de uno resulta en la disminución de la potencia colectiva.

Entendemos que esta mirada desde lo relacional, desde el énfasis en los vínculos y las alteridades, se relaciona con la propuesta de potenciar los espacios públicos y la dimensión humana en la planificación de las ciudades. También con lo que plantea Bader Sawaia (2001) cuando expresa que hablar de exclusión, o más frecuentemente de exclusión social, debe llevarnos a pensar sobre el funcionamiento de un sistema que implica la necesidad de que exista dicha noción. El término nos permite acercarnos a la complejidad de los procesos materiales, subjetivos, políticos y relacionales que lo componen, sin embargo, la dinámica dialéctica inclusión-exclusión pone de relieve una cuestión necesaria: todos formamos parte de estos procesos.

Reflexiones Finales

A modo de reflexiones finales, destacamos algunas ideas e interrogantes que surgen del desarrollo de los capítulos y del trabajo en general. En principio, consideramos importante pensar la noción de exclusión social ligada a un contexto histórico determinado, ya que lejos de resumirse en un simple concepto cotidiano, a medida que se problematiza va dando lugar a que surjan nuevas formas de entender el mundo que habitamos. La existencia de la noción, y la necesidad cada vez mayor de nuevas formas de pensarla, nos obliga a reflexionar sobre los sistemas que posibilitan y perpetúan su existencia.

En esta línea, posteriormente abordamos varios autores que coincidían al afirmar que la ciudad, su funcionamiento y su organización espacial están estrechamente relacionadas con el entramado social y la forma en que las personas realizan su vida cotidiana. Para este punto, valoramos importante rescatar la dimensión humana en la planificación de los espacios. Consideramos que en un mundo donde los medios masivos de comunicación son protagonistas, donde el neoliberalismo afirma que lo privado debe ser la prioridad para el mercado y para la vida, donde el espacio urbano se fragmenta y se mercantiliza, no debería resultar extraña la idea de que las ciudades deben comenzar a ser pensadas a partir de las necesidades de las personas. Sin embargo, hay algo revelador en esa propuesta. Las ciudades modernas y contemporáneas están comenzando a pensarse desde una perspectiva más crítica.

Otro punto presente a lo largo de los capítulos, y que es necesario señalar en esta sección, son los desafíos que representan todos los cambios y transformaciones anteriormente señalados para la Psicología Social y para la Psicología Social Comunitaria. La noción de exclusión social gana fuerza a partir de la caída de la condición salarial y del declive del Estado de Bienestar: ¿Podemos pensar que también en ese momento comienzan a verse las transformaciones que van minando las bases teóricas de la PSC clásica y los modos de vida más “estables”? La vida en la ciudad, la constitución de las identidades contemporáneas, los medios masivos de comunicación, la tecnología, los cambios en los sistemas de producción, en las formas de trabajo, en el mercado (y las ideologías que surgen con él), todos estos aspectos desarrollados a lo largo de este texto dan cuenta de la nueva realidad que interpela a la PSC. En este contexto actual, la noción de exclusión social, vista desde una mirada más orientada a lo afectivo, podría no aparecer como prioritaria, perdiéndose la dimensión de dolor y sufrimiento psíquico de los sujetos y la dimensión de injusticia social. Montenegro et. al (2014) destacan la necesidad de pensar la práctica comunitaria a partir de la articulación de las diferencias,

considerando todos los desafíos anteriormente planteados, es decir, buscar adaptarse al contexto actual. Y para destacar lo ético, político y afectivo Bader Sawaia (2001) aporta la necesidad de pensar que todos participamos de los social, y de los procesos de exclusión-inclusión, haciendo énfasis en lo relacional y en el compromiso ético a nivel colectivo y social. Entonces: ¿Cómo pensar otras formas de vivir en la ciudad, de promover cambios en el espacio y a la vez adaptarse a los cambios y transformaciones contemporáneas?

Finalizando, consideramos que todo lo abordado en el texto puede dar lugar a que emerjan sensaciones y emociones no del todo gratas. A pesar de eso, también podemos animarnos a pensar que, si existen alternativas para potenciar los encuentros con otros a partir de nuevas formas de construir y habitar la ciudad, deben ser consideradas. Su simple existencia, al igual que la noción de exclusión social, son una denuncia y también un llamado al compromiso colectivo por un mundo más justo.

Referencias

- Alessandri Carlos, A. F. (2014). La ciudad como privación y la reapropiación de lo urbano como ejercicio de la ciudadanía. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 18, 1-15. <https://revistes.ub.edu/index.php/ScriptaNova/article/view/14979>
- Aragón, M. (2015). Formas de vida urbana y el espacio psicofísico de la ciudad. En J. Fitch y M. Aragón (Eds.), *Estudios urbanos: Una mirada desde la transdisciplina* (pp.109-119). Universidad Autónoma de Nuevo León; Tilde editores.
- Arriba González de Durana, A. (2002) El concepto de exclusión en política social. *Trabajo social hoy*, (34), 47-76. <http://hdl.handle.net/10261/1495>
- Augé M. (2000). *Los no lugares: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa.
- Augé, M. (2009). *Elogio de la bicicleta*. Gedisa.
- Azpúrua Gruber, F. J. (2005). La Escuela de Chicago. Sus aportes para la investigación en ciencias sociales. *SAPIENS*, 6(2), 25-36. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41021705003>
- Bader Sawaia (2001). O Sofrimento ético-político como categoria de análise da dialética exclusão/inclusão. En Sawaia Bader (Edit.), *As Artimanhas da Exclusão: Análise Psicossocial e Ética da Desigualdade Social* (pp. 97-118). Vozes.
- Baráibar Ribero, X. (2000). Algunos Aportes Para La Discusión Sobre Exclusión Social. *Boletín Electrónico Sura* (53), 1-42. www.ts.ucr.ac.cr/binarios/sura/sura-0053.pdf
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad Líquida*. Fondo de la cultura Económica.

- Bonet Martí, J. (2006). La vulnerabilidad relacional: Análisis del fenómeno y pautas de intervención. *REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales*, 11(4), 1-17. <https://doi.org/10.5565/rev/redes.89>
- Castel, R. (1995). De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso. *Archipiélago: Cuaderno de crítica de la cultura*, (21), 27-36.
- Castel, R. (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós.
- Castoriadis, C. (1983). Marxismo y Teoría Revolucionaria. *La institución imaginaria de la sociedad* (Trad. A. Vicens, vol.1). Tusquets.
- Corraliza Rodríguez, J. A. (2000). Vida urbana y exclusión social. *Psychosocial Intervention*, 9(2), 169-183. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=179818249003>
- De Brasi, J. (1990). A modo de Introducción. Crítica del Dualismo. En *Subjetividad, Grupalidad, Identificaciones. Apuntes meta grupales* (pp. 9- 24). Búsqueda Grupo Cero.
- De Souza Santos, B. (2015). *Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. Siglo XXI; CLACSO.
- Fernández Christlieb, P. (2004). *El espíritu de la calle: Psicología política de la cultura cotidiana*. Anthropós; Universidad de Quetaro-Facultad de Psicología.
- Gehl, J. (2014). *Ciudades para la gente*. Infinito.
- Gómez Villar, A. (2016). El abandono: el lugar (des)habitado por las vidas precarias. *Athenea Digital*, 16(1), 113-136. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1737>
- Guareshi, P. A. (2001). Pressupostos Psicossociais da Exclusão: Competitividade e Culpabilização. En Sawaia Bader (Edit.), *As Artimanhas da Exclusão: Análise Psicossocial e Ética da Desigualdade Social* (pp. 141-156). Vozes.

- Guattari, F. (1996). *Caosmosis*. Manantial.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Traficantes de sueños.
- Jiménez Ramírez, M. (2008). Aproximación Teórica de la Exclusión Social: Complejidad e Imprecisión del Término. Consecuencias para el Ámbito Educativo. *Estudios Pedagógicos*, 34(1), 173-186. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-07052008000100010>
- Kuri Pineda, E. (2019). Espacio, identidad colectiva y memoria: algunas notas reflexivas. En A. Mondragón González y G. Contreras Pérez (Coords.), *Paisajes. Multiversos* (pp. 51-69). Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco División de Ciencias Sociales y Humanidades; Itaca.
- Lee Teles, A. (2009). *Política afectiva: Apuntes para pensar la vida comunitaria*. Fundación La Hendija.
- Lefebvre, H. (1999). De la ciudad a la sociedad urbana. En V. Urrutia (Ed.), *Para comprender qué es la ciudad* (pp. 138-147). Verbo Divino. (obra original publicada en 1970).
- Leser de Mello, S. (2001). A Violência Urbana e a exclusão dos jovens. En Sawaia Bader (Edit.), *As Artimanhas da Exclusão: Análise Psicossocial e Ética da Desigualdade Social* (pp.129-140). Vozes.
- Mandoki, K. (2018). Lugaridad: Notas sobre una causa perdida. *Astrágalo*, (24), 41-52
<https://dx.doi.org/10.12795/astragalo.2018.i24.03>
- Molano Camargo, F. (2016). El derecho a la ciudad: de Henri Lefebvre a los análisis sobre la ciudad capitalista contemporánea. *Revista Folios*, (44), 3-19.
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=345945922001>
- Montenegro, M., Rodríguez, A. & Pujol, J. (2014). La Psicología Social Comunitaria ante los cambios en la sociedad contemporánea: De la reificación de lo común a la articulación

de las diferencias. *Psicoperspectivas*, 13(2), 32-43.

<https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol13-Issue2-fulltext-433>

Park, R. E. (1999) La ciudad. Sugerencias para la investigación del comportamiento humano en el medio urbano. En Emili Martínez (Trad.), *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, (pp. 49-85). Serbal. (Obra original publicada en 1925).

Salazar Villava, C. M. (2011). Comunidad y narración: la identidad colectiva. *TRAMAS. Subjetividad Y Procesos Sociales*, (34), 93-111.

<https://tramas.xoc.uam.mx/index.php/tramas/article/view/576>

Sánchez Alías, A. y Jiménez Sánchez, M. (2013). Exclusión Social: Fundamentos teóricos y de la intervención. *Trabajo Social Global. Revista de Investigaciones en Intervención Social*, 3(4), 133-156. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5304697>

Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter: Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama.

Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Anagrama.

Sennett, R. (2019). *Construir y Habitar: Ética para la ciudad*. Anagrama.

Simmel, G. (2005). La metrópolis y la vida mental. *Bifurcaciones*, (4), 1-10, (Obra original publicada en 1903). http://www.bifurcaciones.cl/004/bifurcaciones_004_reserva.pdf

Ullán de la Rosa, F. J. (2014) *Sociología urbana: de Marx y Engels a las escuelas posmodernas*. Centro de Investigaciones Sociológicas.

Wirth, L. (2005). El urbanismo como modo de vida. *Bifurcaciones*, (2), 1-15. (Obra original publicada en 1938). http://www.bifurcaciones.cl/002/bifurcaciones_002_reserva.pdf